

Walter Redmond y Mauricio Beuchot, *La teoría de la argumentación en el México Colonial*, UNAM, Añejos de Novahispania, 1995, 230 p.

La abundancia de trabajos que Mauricio Beuchot ha publicado so-

bre el presente tema, la gran coherencia que todos ellos guardan entre sí, así como su profundo conocimiento de figuras como fray Alonso de la Vera Cruz, fray Diego Valadés o Antonio Rubio, entre varios otros, hace que sus obras sean referencia obligada cada vez que se habla de teoría de la argumentación en México. Por su constancia y rigor podemos suponer que el autor está ya muy cerca de brindarnos el mapa completo del humanismo mexicano, desde que empezó a echar raíces en nuestra tierra con los primeros jesuitas de la colonia.

El lector especializado sabrá de sobra —y mucho mejor que yo— cuál es el vacío que este libro de Walter Redmond y Mauricio Beuchot viene a llenar (como suele decirse en estas ocasiones). La pregunta que me he hecho es ¿por qué un libro como éste resulta interesante y útil para un lector no especializado? He aquí tan sólo algunas de las repuestas que se me ocurren:

1.) En primer lugar, porque al terminar de leer este libro nos queda la clara sensación de que no sólo para fray Alonso, también para Mauricio y —peor aún— para nosotros sus lectores, la lógica ha sido siempre “una disciplina queridísima e imprescindible”. Así aún a pesar de haber sido maltratada por tantos con cuestiones abstrusas y ejemplos forzados y ridículos (como aquel Fernando de Encinas [+1523] a quien, como observa Beuchot, fray Alonso llama “Encina sin bellotas” por su esterilidad, o como aquellos “seudo-dialécticos” a los que Vives ataca con tanta virulencia), la lógica será siempre necesaria y su estudio, en el fondo, placentero.

2) En segundo lugar, este libro resulta interesante para cualquier lector porque con él asistimos a las aventuras intelectuales de hombres como fray Alonso de la Vera Cruz, que soñaba, entre otras cosas, con que sus alumnos aprendieran a construir silogismos “impecablemente válidos”. Por otra parte, fray Alonso se dio cuenta, por ejemplo, de que todos los tratados de lógica analítica buscan lograr la univocidad en los términos y proposiciones; y, por tanto, ya en él se encuentran los aspectos principales de la teoría de la *suppositio* o referencia lingüística.

3) En tercer lugar, los “tópicos”, ese tema ya tópico en nuestras facultades, preparatorias, seminarios de nivel superior, se ven tratados con una nitidez y un didactismo que son ya característicos del estilo sobrio, austero, tan de agradecerse en estos tiempos, del autor.

4) En cuarto lugar, la ciencia, a la que tantas veces los humanistas distorsionamos (idealizándola al atribuirle el tratar con premisas necesarias y autoevidentes), nos es aquí presentada en

toda su
 —digamos— carnalidad: Si bien por una parte se nos señala que no participa de la lógica analítica como hubiéramos creído, ya que se mueve también en el reino de lo probable y no en el de lo necesario, sí participa —y de manera privilegiada— de la lógica tópica o dialógica.

En efecto, cuando Beuchot trata el problema de la reductibilidad o no de la lógica dialógica a la monológica, observa que: “este carácter dialógico del trabajo intelectual se ve en la actualidad más en la ciencia que en la filosofía. Así, el sesgo que ha tomado la filosofía de la ciencia con varios autores recientes nos ha presentado a la ciencias como una sucesión de cambios debidos a la controversia, a la discusión entre los miembros de la comunidad científica, que se vuelven interlocutores cuyas tesis entran en conflicto, y se resuelven argumentando dialécticamente”.

A propósito de este problema (la final reductibilidad de la lógica dialógica a la monológica, o, en última instancia, la negación de la mera existencia de la posibilidad del dialogismo), Beuchot propone una estrategia probativa que no deja de ser sugerente en estos tiempos en los que tanto se habla de “diálogo”. Dicha estrategia consiste en garantizar que hay una diferencia fundamental que impide la reducción de la lógica dialógica a la monológica, del diálogo al monólogo: “el involucrar, como algo indispensable, la posibilidad de un cambio de creencias (grande o pequeño) en los interlocutores”.

5) En quinto lugar, el análisis de las falacias en Rubio refrenda una vez más la enorme vigencia de dicho tema para el estudio de la lógica, ya que ésta —nos recuerda Beuchot— “se reduce no sólo a las reglas positivas o constructivas, sino que también debe considerar las reglas destructivas o la *pars destruens* con la que solían comenzar los escolásticos antes de edificar su doctrina. No es ésta una enseñanza desdeñable”, dice el autor con oportuna litote. También resulta muy actual si atendemos a las actuales modas y estrategias argumentativas, al menos en las disciplinas sociales.

Finalmente, sólo quisiera añadir que en este libro bien ordenado que nos presenta una serie de ejemplos en torno a la teoría de la argumentación en la Nueva España, Mauricio Beuchot predica con el ejemplo. Me explico: tal vez sea “lógico” que un libro que versa sobre un tema como ésta haga gala de una exposición clara, transparente, rigurosamente racional; pero no es tan frecuente. Podríamos concluir, entonces, parafraseando a Beuchot (véase la p. 20), que dentro de esta concepción racional y exigente de lo que debe ser la exposición bien conducida de un tema, la teoría de la argu-

mentación es una asignatura obligada.

ANA CASTAÑO